

EN TORNO A LA FRASE DE NIETZSCHE «LA VERDAD ES MUJER»

SUSANA MÜNNICH

RESUMEN:

La citada frase sirve de ocasión para revisar las críticas de Nietzsche a la filosofía tradicional y sus sarcásticas burlas contra el concepto de «verdad» más generalmente admitido. Sométense también a juicio las ideas nietzscheanas sobre este tema, atendiendo en especial a tópicos tales como la feminidad, el feminismo y sus relaciones con la democracia y el socialismo.

SUMMARY:

The aforementioned phrase gives rise for revising Nietzsche's criticisms of traditional philosophy and his sarcastic jeers at the most currently admitted conception of truth. His own ideas on the matter are also examined, especially with regard to such topics as feminity, feminism and its relations to democracy and socialism.

El estudioso de la filosofía se expone a un considerable riesgo si decide emprender un examen de la frase «la verdad es mujer». No creo que estemos exagerando la importancia de esta frase si decimos que lo arriesga a cambiar de vida. La frase resume lo que Nietzsche pensó de la verdad tradicional, su crítica del dogmatismo filosófico, su postulación del perspectivismo, su rechazo del fanatismo, de las posiciones cerradas, de los estilos impositivos y autoritarios. Al examinar esta frase, no sólo estudiamos a Nietzsche, también nos hacemos conscientes de nuestros propios dogmas, prejuicios, fanatismos, y nos sentimos movidos al perspectivismo, al examen crítico, a prestar atención respetuosa a las posiciones teóricas opuestas a las nuestras. Debido a la amplitud del tema, pienso que podríamos limitar este examen a la revisión de la obra en que la formuló por primera vez. Encabeza el prefacio de *Más allá del Bien y del Mal*¹, uno de sus escritos de madurez. El primer párrafo del prefacio dice:

¹Nuestras citas corresponden a la edición de Giorgio Colli y M. Montinari «Kristische Studienausgabe» (Berlín: Walter de Gruyter, 1988). Para referirnos a ella utilizaremos la sigla KSA.

«Suponiendo que la Verdad sea mujer, ¿no es fundada la sospecha de que todos los filósofos, en cuanto dogmáticos, entendían muy poco de mujeres, de que el aire terriblemente grave y la torpe importunidad con que hasta ahora solían acercarse a la verdad fueron medios tan inadecuados como improcedentes de conquistar precisamente a una mujer?...

«Vorausgesetzt, dass die Wahrheit ein Weib ist—, ¿wie? ist der Verdacht nicht gegründet, das alle Philosophen, sofern sie Dogmatik waren, sich schlecht auf Weiber verstanden? dass der schauerliche Ernst, die linkische Zudringlichkeit, mit der sie bisher auf die Wahrheit zuzugehen pflegten, ungeschickte und unschickliche Mittel waren, um gerade ein Frauenzimmer für sich einzunehmen?» (KSA. V.5. p. 12).

Representémonos la ficción de que alguna de las magnas obras de la tradición filosófica hubiese tenido un prefacio encabezado por una declaración como ésta. Habría sido un escándalo. La frase contradice el espíritu de la filosofía occidental, la credibilidad en la seriedad, la razón, la lógica, el orden. En el pensamiento de Nietzsche, en cambio, este párrafo se acomoda bien. Nietzsche despojó a la filosofía de su gravedad pesada. A los hablantes de sus textos los bautizó con nombres divertidos y grotescos como «topo roedor», «varón de orejas pequeñas», «araña tejedora»; a la verdad, a la vida, a la sabiduría, a Europa las convirtió en mujer²; a Kant lo llamó «chino de Königsberg»; los que habían aprendido el oficio de la lectura se apellidaron «vacas que rumian» y los filósofos fueron para él comediantes. Uno de sus grandes aportes a la filosofía fue desconstruir, derribar sistemas, echar abajo los fundamentos de la moral occidental. Gritó, a quien estuvo dispuesto a escucharlo, que en vez de escribir con pluma, él lo hacía con un martillo. El suelo en que se instaló para ejecutar su demolición fue la supuesta muerte de Dios. Desconfiaba del progreso, la evolución y la racionalidad de la historia (KSA. V. 12. pp. 236 y 237; V.9. p. 524). Creía que «humanidad» es una noción vacía, porque el mundo no le parecía una realidad ordenada por leyes, que se dirige hacia ciertos fines, sino un caos en que ciertos pueblos florecen y otros decaen y muere (KSA.V. 13. p. 87). En lo personal se reconoció «humano, demasiado humano»; no temía contradecirse, porque pensaba que él mismo era una multiplicidad de yoes (o

²En *Nietzsche: la verdad es mujer* seleccionamos algunas ocurrencias en que se utiliza la palabra «Weib» como predicado negativo de ciertos acontecimientos históricos, movimientos culturales, revoluciones sociales, et. Cf. Susana Münnich, Santiago: Editorial Universitaria, 1994. pp. 101-103.

voluntades de poder) (KSA. V. 12. p. 25); V.10. p. 169), y que cada uno de ellos tenía derecho a pensar lo que pensaba y a expresarse libremente. Decidió que ha habido y existe una multiplicidad de valoraciones diferentes sobre las mismas cosas (KSA. V. 9. p. 184 y V.12. p. 346) y que la verdad, de unívoca y absoluta, había devenido plural, *perspectivesca*³.

Nietzsche no siguió a Kant en su crítica de la razón, y optó en cambio por el proyecto de desmitificar la verdad. Kant, respetuoso del valor de la verdad, nunca imaginó siquiera la posibilidad de cuestionarla críticamente. Nietzsche se burló de esta fidelidad ciega, y la castigó con el peyorativo adjetivo «dogmatismo». Luego despojó a la verdad de su nobleza y dignidad, de los adornos y embelecos con que la había vestido la tradición; la declaró metáfora, una moneda manoseada, gastada, que ha perdido su valor (KSA. V.1. p. 880), y que debe volver a ser acuñada, y marcada con nueva imagen. Sustituyó el verbo «descubrir», con que la tradición positivizó el esfuerzo de los filósofos, por el de crear, pensando que los hombres producen la verdad, condicionados por una situación histórica concreta. Tuvo la osadía de decir que la verdad no se opone al error (KSA. V.5. p. 16 y p. 18; también V.11. p. 506), y que el fundamento sobre el que establecemos nuestro sistema de creencias es a menudo una mentira. Animó a sus lectores de *La Genealogía de la moral* a que reflexionaran críticamente sobre las nociones de bien y mal. Pensemos, dijo, sin prejuicios, en las valoraciones cristianas, en la estrategia astuta que tejieron los sacerdotes judíos para apoderarse del poder de los romanos. Ellos decían que se trataba del bien, de Dios, de la conciencia, pero lo que mandaba fue siempre el deseo de poder. Los señores querían mantener sus privilegios, los siervos deseaban apoderarse de lo que los otros defendían. ¿Dónde estuvo la verdad en toda esta disputa? Los señores romanos estimaban «verdad» lo que convenía a sus intereses de opresores; los sacerdotes judíos, lo que podía invertir esta situación. Después de soltar una carcajada homérica, desilusionada, pero vital, Nietzsche declara que la verdad designa lo que conviene a un grupo, a su desarrollo, o mejor, a lo que este grupo se representa como desarrollo. Concluye que la voluntad de verdad ha estado siempre al servicio de la voluntad de poder (KSA. V.11. p. 699; V.10. p. 87).

Desde este proyecto de desmistificación de la verdad tradicional se comprende que Nietzsche haya tomado el concepto «mujer» en su acep-

³«Sólo existe una visión *perspectivesca*, un «conocimiento» *perspectivesco*; y cuanto más en juego entra nuestro estado afectivo en relación con una cosa, más ojos tenemos, ojos diferentes para esta misma cosa, y más integral será nuestro «concepto» de esta cosa, nuestra objetividad. Pero eliminar en lo posible la voluntad, suprimir enteramente las pasiones, suponiendo que esto fuera posible: ¿Cómo? ¿No se llamaría esto *castrar* el intelecto?» (KSA.V.5. p. 365).

ción negativa, de variabilidad, mentira, seducción, no verdad, y lo haya identificado con la «verdad». Mediante este gesto les advirtió a los filósofos que no podían seguir manteniendo la comedia de la justicia, del bien, de la generosidad y de la verdad unívoca y universal. Les señaló que la historia había impuesto una nueva representación de verdad, y que ahora había que pensarla como una convención, relativa a las necesidades de un grupo, de una comunidad, de un pueblo, es decir, perspectivesca.

La significatividad y rareza de este gesto filosófico fue registrada por los estudiosos de Nietzsche. Era muy difícil que reconocieran su importancia. La red de creencias y supuestos desde la que pensaban y examinaban los textos de la tradición les impedía verla. Estos supuestos eran la univocidad de la verdad, su inmutabilidad, la identificación que existía entre ella y la justicia. Después de Derrida⁴ la frase se volvió visible. ¿Las lecturas que no la vieron eran mal intencionadas y deliberadas? Probablemente fueron simplemente reaccionarias. Sin duda que no fue Nietzsche quien hizo avanzar la historia. El pensamiento de Nietzsche no puede entenderse sino como una comprobación de que la verdad había cambiado su género. Precisamente por haber devenido mujer, la historia vino a alumbrar la frase aquella, y a ponérsela ante los ojos a las investigadores de este fin de siglo para afrontarla y buscarle explicaciones.

El prefacio en que aparece comenta los prejuicios de los filósofos, su dogmatismo, su voluntad de deificar la verdad. Nietzsche se burla de los pensadores de la tradición, ridiculiza el esfuerzo que hicieron por separar a la verdad del plano de la realidad, de la experiencia. La verdad, suponían, era una entidad demasiado importante y noble como para que habitara en este mundo cruel, injusto y aparente (KSA. V. 5. p. 13). Por ello la pusieron a distancia, en un mundo suprasensible, donde ninguna de las pasiones bajas e innobles de los hombres pudiera alcanzarla. Le construyeron, explica Nietzsche, sólidos edificios, e invitaron a la verdad a que habitara en ellos. Edificios geométrico-matemáticos, sistemas morales, históricos. Nietzsche supone que la verdad jamás se sintió a gusto en estas construcciones, que se resintió de que la separaran del mundo de la experiencia, y la restringieran a lo suprasensible. Lo que mandaba en estos filósofos era el principio de causalidad. Se preguntaban, ¿cómo una entidad tan noble como la verdad puede tener su origen en la falsedad, en la ignorancia? Las cosas de más alto valor no pueden tener la misma raíz que las malas. Su principio debía estar en el seno del Ser, en lo imperecedero, en la cosa en sí, en Dios⁵.

⁴Eperons (Chicago: The University of Chicago Press, 1978).

⁵Nietzsche escribió una graciosa parábola, en que se ríe de los intentos de los filósofos por alcanzar el Ser. Juega con las significaciones de la palabra «Hintern» —

En el aforismo 220, Nietzsche vuelve a identificar a la verdad con la mujer. Allí se explaya sobre la existencia o inexistencia de los actos desinteresados. Postula que no hay actos generosos, que quien se sacrifica siempre espera algo en cambio, por ejemplo, ser más, o sentirse más (KSA. V5. pp. 154-155). Para cualquier acción hay una razón económica. Algo se obtiene, aunque tan sólo sea acrecentar el poder espiritual.

De la lectura del prefacio y del aforismo 220 se va despejando que «Mujer=verdad» y «perspectivismo» son dos nociones muy contrarias al espíritu de la filosofía tradicional. Los filósofos se preocuparon indebidamente de superar su propia humanidad. Nietzsche reconoce hidalgamente que sus verdades son «humanas, demasiado humanas». Creo que desde este reconocimiento suyo es casi un deber, para nosotros los intelectuales, leer a Nietzsche irreverentemente, no convertido en un Dios a quien no se puede tocar, porque dijo que no hay verdad, porque no hizo sistema, porque escribe fragmentariamente. El hablante de los textos de Nietzsche dice lo mismo que Zaratustra, que recomienda a sus discípulos la irreverencia para destruirlo como maestro. Creo que no hay en toda la historia de la filosofía, quizá a excepción de Kierkegaard, un pensador que entregue más libertad a su lector, y que al mismo tiempo reconozca más honesta e inteligentemente sus prejuicios. Este reconocimiento suyo, de su propia humanidad, es también una manifestación de la frase «la verdad es mujer».

Pero volvamos al prefacio de *Más allá del Bien y del Mal*⁶, y detengámonos en la palabra «dogmatismo». ¿Quiénes son dogmáticos? El texto dice que Descartes, Spinoza, Kant, Schopenhauer fueron dogmáticos (V.5. p. 18). Todos ellos creyeron en la verdad, todos ellos fingieron que habían alcanzado sus convicciones más queridas en virtud de una dialéctica fría, cuando en realidad se trataba siempre de proposiciones no examinadas, defendidas por ellos mediante argumentos que habían buscado «a posteriori». En *M.B.M.* Nietzsche desconstruye el

prefijo de Hinterweltern (transmundistas)—, y la traduce por «trasero». Desde esta palabra, examina la voluntad de los transmundistas, y los resultados de esta búsqueda de conocimiento. No les ha ido nada bien a los metafísicos en su contemplación del Ser, porque han equivocado la mirada, dice. En vez de ojear donde corresponde al mundo, su historia, y sus injusticias, a los hombres, su psicología y su perversidad, los metafísicos han desviado sus ojos hacia lo alto, a lo suprasensible, el Bien, y entonces, por el fatal desenlace que acompaña siempre a estos intentos de pureza inmaculada, se les ha torcido la mirada involuntariamente hacia lo más bajo —¡pero, qué horror, qué vergüenza!— hacia el culo del mundo («Hinterwelt»), que, como todos los culos, tiene alguna relación con la inmundicia. Triste destino el de la voluntad de verdad de los transmundistas, que encuentra precisamente lo que aborrece mirar (KSA.V.4.pp..35-39).

⁶Abreviaremos el nombre de esta obra con *M.B.M.*

cogito cartesiano. Se pregunta ¿de dónde tomó Descartes el concepto «pensar»? ¿Qué le autorizó a pensar en causa y efecto? ¿Qué le facultaba a hablar de un «yo», de un «yo causal», de un «yo que es causa del pensamiento»? (V. 5. pp. 29-30). Se autoengañó al suponer la existencia del Yo, y del acto de pensar; no quiso ver que se había limitado a desarrollar la estructura gramatical de una frase. Este movimiento deconstructivo que Nietzsche cumple respecto del *cogito* cartesiano lo ensaya también con la «causa sui» de Spinoza (V. 5. 35), los «juicios sintéticos a priori» de Kant (V. 5. pp. 24-25), el concepto de «voluntad» en Schopenhauer (V. 5. pp. 31-33) y concluye que todas estas categorías o proposiciones tienen por fundamento nociones y supuestos no examinados. Estos dogmáticos, en vez de reconocer que los valores de su comunidad y su propia fatalidad espiritual los habían condicionado a pensar lo que pensaban, imaginaron que habían logrado desocultar el Ser y la verdad.

Cuando Nietzsche dice que «la verdad es mujer», la pone en relación con el error, con el egoísmo, con la injusticia, con la voluntad de poder. Creía que la verdad «es esa clase de error, sin el que un determinado tipo de seres vivientes no puede vivir» (KSA. V.11. p. 506). Pensaba que «Debemos amar y cultivar el error, es el regazo materno del conocimiento» (NW. af. 89)⁷. En la tradición siempre se estimó a la verdad como el supremo valor, y el error como lo absolutamente indeseable. Nietzsche subvierte esta valoración y recomienda pensar desde el «regazo materno del error». La expresión «regazo materno» articulada con error produce extrañeza, porque estamos acostumbrados a vincular el regazo de la madre con cuidado, protección, estabilidad, y el error lo referimos a una situación contraria.

A algunos estudiosos les produce problema que Nietzsche haya afirmando el perspectivismo cognoscitivo y que, al mismo tiempo, tuviese respecto de este relativismo un convencimiento de verdad incuestionable. Consideran contradictorio arrogarse el derecho de estar diciendo verdad, cuando previamente se ha supuesto que ella no existe.

Pienso que la categoría «verdad» en Nietzsche solicita de sus lectores una lectura «a favor», «desprejuiciada», y creo que corresponde mantener entre paréntesis la noción de verdad filosófica en que fuimos formados.

En los textos de Nietzsche la palabra «verdad» nombra situaciones muy diferentes, y la marca negativa o positiva que la acompaña depende de los distintos predicados que corresponden a la palabra en sus distintas ocurrencias. Una de las mayores dificultades de lectura de los textos de Nietzsche es que una misma palabra se utiliza con predicados implícitos opuestos (los ejemplos son múltiples: sucede con la palabra «araña», «convicción», «voluntad de poder», etc.). El vocabulario de estos textos no es técnico. Por

⁷Esta cita corresponde a la edición de C.G. Nauman (1901) de las *Obras Completas* de Nietzsche.

eso, cada vez que el lector se encuentra una misma palabra, no puede tener seguridad de que el texto haya de producir el mismo significado. Una precaución mínima exige que en cada caso se ponga en duda si de aforismo en aforismo se conservan los mismo valores sémicos. Cuando en los escritos de Nietzsche se dice: «no hay verdad», se está aludiendo a la verdad tradicional, absoluta, invariable, eterna, incondicionada, universal, objetiva, racional. Esa verdad lleva marca negativa. Pero la frase «no hay verdad» implica otra frase, que no está expresa, pero que el lector suministra de inmediato, a saber, «lo que acabo de decir es verdad». La negación de la «verdad» en la primera no invalida la afirmación de la «verdad» en la segunda, porque se trata de «verdades» diferentes.

Los textos de Nietzsche repiten una y otra vez que la verdad no es algo que esté allí para ser desocultado, sino que es algo que se produce (KSA. V.12.p.385), que se construye por relación a problemas culturales concretos. El hecho de ser histórica no la despoja de su valor; por el contrario, la pone en relación con situaciones existenciales, con problemas que hay que solucionar, y con respuestas que es imperioso ofrecer. Uno de los significados de la frase «la verdad es mujer» tiene que ver con esta cualidad de la verdad, de ser una creación producida por el hombre. La verdad, como la mujer, carece de contenido, es vacía, una máscara, que no esconde nada, que no encubre nada (KSA. V.2. p. 270). El hombre creador, dice Nietzsche, la llena de contenido, le manda ser algo, y ella obedece cuando el mandante tiene poder, cuando sabe mandarla. Hay un poema del año 1888 que dice de la verdad que no es mejor que una mujer, que es precavida, y que se somete solamente a la fuerza (KSA. V. 13. p. 557). Por eso Nietzsche invita a los espíritus libres a ser fuertes, para que sepan obligarla. Los filósofos auténticos dice Nietzsche, son los que ponen nombres a las cosas⁸, las rebautizan de acuerdo a la realidad contingente que están viviendo. Lo que importa no es la verdad de la verdad, sino su utilidad, las ventajas que derivan de tenerla por verdad.

Hay un pasaje de *M.B.M.* que ilustra lo que acabamos de decir. En el acápite 22 de la primera parte, al criticar la creencia en los juicios sintéticos a priori, Nietzsche asegura que no tenemos derecho a ellos, pero que *es necesaria la creencia de que son verdaderos* (KSA. V. 5. pp. 24-26). En otras palabras, aunque son falsos, es conveniente que los tengamos por verdad. La cuestión que importa es saber hasta qué punto

⁸ En el aforismo 211 de *M.B.M.* Nietzsche distingue entre los «trabajadores filosóficos» y los «filósofos auténticos». A Hegel y a Kant los clasifica dentro del primer grupo: tuvieron la noble tarea de hacer inteligible y manejable todo lo caecido y valorado. Dominaron el pasado. Considera que se trata de una tarea estupenda, importante, necesaria, pero valora mucho más la de los auténticos filósofos. Estos mandan y legislan. Determinan «así debe ser» y fijan el «para qué» del hombre (KSA.V.5.144-145).

dichos juicios preservan y promueven la vida de un grupo humano.

Los filósofos nunca hemos hecho otra cosa que inventar modelos para decir lo que queremos que las cosas sean, comenta Nietzsche. Tejemos redes en que intentamos atrapar la realidad. Ni descubrimos, ni encontramos, sino sólo textualizamos con el fin de ejercer dominio sobre nuestra circunstancia interior y exterior. Falseamos la realidad y fingimos encontrar igualdades donde sólo hay diferencias (KSA. V.9. p. 500). Lo hacemos a pesar de nosotros mismos, porque nuestra memoria sólo registra identidades. Desde la conciencia humilde que tuvo de su actividad fabril, la araña Nietzsche —como él se complacía en llamarse⁹— reconoció que el conocimiento es un juego de niños, que encuentra en las cosas lo que previamente ha puesto en ellas (KSA. V. 9. p. 432 y V. 9. pp. 311-312). Hemos vestido a la verdad con hermosos y seductores ropajes, y luego olvidamos que fuimos nosotros los tejedores. Nosotros, y no Dios, somos los inventores de las leyes del conocimiento. Descuidamos este hecho fundamental, y nos regimos por ellas como si fueran absolutas e inviolables.

Los filósofos han pecado de ingenuos. Todos ellos han sido abogados defensores de sus prejuicios y han tenido la osadía de llamarlos verdades. Yo, reconozco limpiamente en el aforismo 231 de *M.B.M.* no puedo evitar tener prejuicios, soy «humano, demasiado humano». Desde muy pequeño fui condicionado a respetar ciertas convicciones, y a pesar

⁹Sarah Kofman destaca en los textos de Nietzsche la metáfora de la araña, símbolo de un vampirismo bestial, que sirve para representar la actividad de los filósofos tradicionales. La araña se alimenta de los mosquitos que atrapa con su tela. Chupa la sangre de sus víctimas, de la misma manera que el metafísico desangra la vida con su construcción de conceptos. Los filósofos, como los compañeros de Ulises, se tapan los oídos para no escuchar los cantos de las sirenas, para no dejarse seducir por la música de la vida. Sordos, incapacitados, juegan al conocimiento, pero, semejantes a Narciso, sólo ven el reflejo de ellos mismos en lo que contemplan. Spinoza es el prototipo del filósofo araña. Enfermo, solitario, odiaba la vida, y construyó esa monumental arquitectura de conceptos geométrico-matemáticos con que divinizó su propia razón, y mediante la cual se apartó de la vida (*Nietzsche et la métaphore* [París: Payot. 1972] pp. 101-106).

Nuestra comprensión difiere de la propuesta por Sarah Kofman. Su lectura caracteriza como arañas solamente a los filósofos de la tradición. Sin embargo, Nietzsche no se excluye: todos los pensadores son arañas, también él mismo. Una lectura estrecha de la metáfora de la araña, la arañifica, la conceptualiza. Si se respeta el carácter metafórico y se recurre a las comunes derivaciones poéticas, no cuesta derivar «araña» de «texto», especialmente para un latinista. Ya en latín, «texto» sirve tanto para decir la actividad con que la araña produce su «tejido» (su «texto») como la del escritor que produce su «texto» (su «tejido»). Metafóricamente, toda araña es una escritora, todo escritor es una araña. El texto de Nietzsche es asistemático, fragmentario y contradictorio; el de la tradición carece de fluidez y tiene el defecto de congelar e inmovilizar la realidad. Pero todos son textos, y por presuposición metafórica, todos sus autores son arañas. Arañas letales unas, simples arañas tejedoras las otras.

de que éstas constituyen lo más necio que hay en mí, lo que no aprende, lo que no quiere aprender, nada puedo hacer para cambiarlas. La palabra alemana para convicción es *Überzeugung*, cuyo significado es «estar por encima de las pruebas». Esto que no quiere aprender está debajo de todo, «*ganz da unten*». Ni siquiera el topo emprendedor de *Aurora*, cuya habilidad es tan prodigiosa como para roer los fundamentos de la religión y de la moral, tiene capacidad para desconstruir este «*ganz da unten*». Hay que aceptar el hecho de que en cada persona funciona un conjunto de preguntas establecidas de antemano, a las que la multiplicidad que somos responde con ciertas afirmaciones también elegidas de antemano. El estudio nos transforma, nos libera de muchos prejuicios, ayuda a integrar en una organización medianamente armónica los yoes que nos constituyen¹⁰, pero resulta ineficaz respecto de ese conjunto de preguntas y respuestas preconcebidas, que es nuestro «*ganz da unten*».

Nietzsche se extraña de que los filósofos no hayan tenido conciencia de esa fatalidad estructural necia. Nunca se propusieron una revisión de sus prejuicios; se preguntaron con la majadería e ingenuidad de los niños ¿qué podían hacer para que la verdad entendiese que debía quitarse sus ropas? Entretenidos en esta pornografía filosófica ensayaron diversos métodos de seducción, entre ellos el de la violencia. Llegaron al atrevimiento de mirar por debajo de las ropas de la verdad, creyendo ingenuamente que ella jugaba a mostrar y ocultar. Luego comenzaron a sospechar que el problema no estaba en la verdad, misteriosa y enigmática, sino en ellos mismos, en el instrumento del conocimiento, y entonces se propusieron hacer una crítica de la facultad de la razón. En el primer capítulo de *M.B.M.*, Nietzsche se burla de los prejuicios de sus antecesores, de que no se percataran de que esta fatalidad ciega suya los estimulaba a pensar lo que pensaron, a formular las preguntas que preguntaron, a responder lo que respondieron, a tener la pasión que se necesita para todo ello.

Durante milenios los pensadores han pensado *para* demostrar algo, argumenta Nietzsche (KSA. V.5. p. 109), y hoy recelamos de todo pensador que pretende demostrar la verdad de su convicción. Yo, reconozco Nietzsche, sé que interpreto el mundo desde mis convicciones, no me oculto que son pasiones disfrazadas. Desde esta conciencia propongo una nueva manera de representar las cosas. Propongo que el mundo es

¹⁰ Leslie Paul Thiele centra su estudio sobre el pensamiento de Nietzsche en la noción de alma plural. Según Thiele, una de las tareas que se dio a sí mismo Nietzsche fue ordenar su propio caos anímico en un cosmos organizado. Nietzsche sabía que el orden a que aspiraba jamás tendría pleno cumplimiento, puesto que no creía en la perfección humana. Prefirió pensar que lo importante es «estar ordenándose», o superando constantemente la decadencia (*Friedrich Nietzsche and the politics of the soul*, New Jersey: Princeton University Press, 1990; pp. 66-95).

un caos gobernado por falta de orden, armonía, sentido, metas, evolución (KSA. V.12. pp. 236 y 237). Tengo derecho a representarme el mundo de esta manera, además creo que es conveniente tenerlo por tal. Los filósofos alemanes escépticos, que me precedieron, no me han dejado otra alternativa. Han eliminado el alma, a Dios, a la razón histórica, mal puedo creer entonces en la evolución y en el progreso. La verdad, de masculina, racional, incondicionada, a-histórica, moral, ha derivado en femenina, irracional, relativa, inmoral y yo he decidido bautizarla con el nuevo nombre de «voluntad de poder». En medio de este discurso, hace silencio y luego concluye: «Suponiendo que esto es otra vez interpretación —y me consta que no os cansaréis de insistir en tal objeción—, bien, entonces tanto mejor» (K.S.A. V. 5. p. 37).

Uno de los problemas que surgen del examen de la frase «la verdad es mujer» es cómo compatibilizar este respeto por las opiniones y convicciones de los demás con el conjunto de sus proposiciones sobre la realidad histórica, en que se exhibe excesivamente partidario de sus ideas, y privado de la visión omniabarcadora que deseaba cultivar. ¿Cómo compatibilizar, por ejemplo, su desestimación casi visceral del socialismo con su decisión de respetar posiciones contrarias a las suyas? Hay dos aforismos en *M.B.M.* que proporcionan una explicación posible a este problema, el 43 y el 231. El aforismo 43 dice:

«¿Serán nuevos amigos de la verdad estos filósofos del porvenir? Es bastante probable, porque hasta ahora todos los filósofos han amado sus verdades. *Pero seguramente no serán dogmáticos.* Que su verdad tenga que ser una verdad para todo el mundo —lo que hasta ahora ha sido el deseo secreto y el recóndito sentido de todos los afanes dogmáticos— contrariará su orgullo, y también su gusto. «Mi juicio es mi juicio» y cualquiera no tiene fácilmente derecho a él, dirá probablemente este filósofo del porvenir...».

«Sind es neue Freunde der «Wahrheit» diese kommenden Philosophen? Wahrscheinlich genug: denne alle Philosophen liebten bisher ihre Wahrheiten. Sicherlich aber werden es keine Dogmatiker sein. Es muss ihnen wider den Stolz gehn, auch wider den Geschmack, wenn ihre Wahrheit gar noch eine Wahrheit für Jedermann sein soll: was bisher der geheime Wunsch und Hintersinn aller dogmatischen Bestrebung war. «Mein Urtheil ist mein Urtheil: dazu hat nich leicht auch ein Anderer das Recht — sagt vielleicht solch ein Philosoph der Zukunft...» (KSA. V.5. p. 60).

Lo que nos parece interesante de este aforismo es que en vez de decir: «yo no tengo derecho a imponer mi visión a los demás», dice «los demás no tienen derecho a compartir mi visión». En el primer caso hay

una significativa estimación del juicio del otro, mientras que en el segundo una visceral afirmación del propio. Lo afirmo a pesar de los demás, a pesar de que pueda disgustar a los demás, a pesar incluso de su falsedad: tengo derecho a tener mi visión particular sobre las cosas, y nadie puede arrancarme ese derecho, argumenta Nietzsche. En el aforismo 44, que viene a continuación, ejerce este derecho, y negativiza el socialismo, por su tendencia a considerar que de las formas tradicionales de la sociedad se derivan todas las miserias y limitaciones humanas.

Algo semejante sucede con el aforismo 231 ya mencionado. También justifica el derecho a la propia opinión:

«El aprender nos transforma, hace lo que toda nutrición que no solamente “conserva”, como sabe el fisiólogo. Pero en el fondo de nosotros, muy “en el fondo”, hay ciertamente algo que no aprende, un granito de fatalidad espiritual, de decisiones y respuestas fijadas de antemano a preguntas fijadas de antemano. Respecto de cada problema cardinal habla un inmutable “así soy yo”; acerca de hombre y mujer, por ejemplo, no puede un pensador cambiar sus ideas, sino solamente aprender más, descubrir hasta el fin lo que sobre ello en él está prefijado. Uno encuentra en algunas épocas ciertas soluciones a problemas que precisamente no hacen creencia firme; quizá las llame en adelante sus convicciones. Más tarde ve uno en ellas etapas hacia el autoconocimiento, pruebas indicadoras del problema que somos nosotros, de vuestra fatalidad espiritual, de lo que no aprende allí muy en lo profundo. A partir de esta generosa amabilidad, como la que recién he iniciado en contra de mí mismo, se me permitirá quizá decir algunas verdades sobre la “mujer en sí”, toda vez que se sabe de antemano hasta qué punto son nada más que mis verdades».

«Das Lernen verwandelt uns, es thut Das, was alle Ernährung thut, die auch nicht bloss “erhält”—: wie der Physiologe weiss. Aber im Grunde von uns, gans “da unten”, giebt es freilich etwas Unbelehrbares, einen Granit von geistigem Fatum, von vorherbestimmter Entscheidung und Antwort auf vorherbestimmte ausgelesene Fragen. Bei jedem kardinalen Probleme redet ein unwandelbares “das bin ich”; über Mann und Weib zum Beispiel kann ein Denker nicht umlernen, sondern nur auslernen, —nur zu Ende entdecken, was darüber bei ihm “feststeht”. Man findet bei Zeiten gewisse Lösungen von Problemen, die gerade uns starken Glauben machen; vielleicht nennt man sie fürderhin siene “Überzeugungen”. Später —sieht man in ihnen nur Fusstapfen zur Selbsterkenntnis, Wegweiser zum Probleme das wir sind, zu unserem geistigem Fatum, zum Unbelherbaren ganz “da unten”. — Auf diese reichliche Artigkeit hin, wie ich sie gegen mich selbst begangen habe, wird es mir vielleicht

eher schon gestattet sein, über das “Weib an sich” einige Wahrheiten herauszusagen: gesetzt, dass man es von vornherein nunmehr weiss, wie sehr es eben nur —meine Wahrheiten sind» (KSA. V.5. p. 170).

Hay correspondencia entre este aforismo y el 43, y también entre los discursos socio-políticos que introducen, ya vimos que el 43 es introducción al tema del socialismo. Por su parte, el 231 es preámbulo de una crítica despiadada a los movimientos de emancipación femenina. No juzgo oportuno iniciar aquí una discusión sobre los juicios socio-políticos de Nietzsche; adelantamos que, en nuestra opinión, se trata de ideas reaccionarias, de escasa trascendencia histórica¹¹. El hecho de haber sido incluidas en un discurso proclive a la pluralidad las hace confusivas. El lector no sabe cómo entenderse con un hablante que postula la diversidad y el perspectivismo, y que, al mismo tiempo, ejerce un partidismo tan cerrado y poco acorde con estas ideas. La forma como introduce Nietzsche sus proposiciones sobre la realidad socio-política¹², en los aforismos 43 y 231, es sumamente ambigua, porque a la vez que justifica su derecho a pensar como piensa, le quita valor a lo que piensa cuando señala que

¹¹En sus escritos, Nietzsche exhibe un gran respeto por las jerarquías, las superioridades raciales y sexuales. Tenía desconfianza de que las masas pudiesen ser educadas. Veía en la moral cristiana, y en todo lo que surgió de ella, el deseo resentido de los maltratados de acceder al poder de los señores. Nietzsche valoraba el poder espiritual, y creía injustificadamente que el tratamiento diferenciado en lo económico favorecía la producción de genios y tipos excepcionales. Se opuso al socialismo, porque le parecía que era una doctrina que nivelaba hacia abajo, contrariando las diferencias naturales que existen y que deben seguir existiendo entre los hombres.

Creo que Nietzsche cometió un grave error al no distinguir expresamente entre diferencia y desigualdad. Indiscutiblemente los hombres somos diferentes, y el perspectivismo tiene el gran valor de mover al respeto por «el otro». Pienso, como Nietzsche, que la mayoría de las injusticias sociales tienen por fundamento la no aceptación de la diferencia. Si reflexionamos en las injusticias que han cometido los colonizadores con sus colonizados, ¿a qué se las atribuimos?, ¿al rechazo de la diferencia? o ¿a la afirmación de la desigualdad humana? Por ser mujer, soy muy sensible al ejercicio del poder, y en mis meditaciones sobre estas cuestiones he llegado a la conclusión de que mi mayor problema no es la desigualdad entre varones y mujeres. Las mujeres no descamos, como creía Freud, poseer un falo, que nos iguale a los varones. Deseamos que se respete lo nuestro, que se entienda, de una vez por todas, que una mujer, por tener un cuerpo diferente, tiene otras necesidades, expectativas, posibilidades, placeres. Respecto de estas cuestiones, los indios mapuches exhiben una sensibilidad semejante a la nuestra. Ellos no aspiran a ser incluidos dentro de la cultura dominante, rechazan las valoraciones de los blancos, porque entienden que igualdad implica anulación. Quieren que se les permita celebrar sus festividades religiosas, quieren conservar sus tierras, quieren afirmar su diferencia. De todo esto se concluye que, al insistir en la diferencia, Nietzsche promovió el respeto por otras culturas, costumbres, colores, formas. Todo está muy bien, en lo que dice relación con la diferencia, pero ¿qué pasa con la insistencia de Nietzsche en valorar positivamente la desigualdad entre

lo dicho corresponde a «sus verdades y nada más».

El aforismo con que termina *M.B.M.* pone de manifiesto la visión ecuánime que Nietzsche tenía de sus escritos, y la tranquila ironía con que los juzgaba:

«¡Ay de mis pensamientos escritos y pintados! No hace mucho érais tan palpitantes, tan jóvenes y maliciosos, estábais erizados de púas y repletos de ingredientes secretos, y provocábais mi estomudo y risa — ¿y ahora? Ya os habéis despojado de vuestra novedad y temo que algunos de vosotros estáis listos a convertirlos en verdades, a juzgar por el aspecto inmortal, desgarradamente honrado y aburrido que tenéis. ¿Y acaso no ha sido siempre así? ¿Qué cosas escribimos y pintamos, nosotros mandarines de pinceles chinos, que immortalizamos las cosas que se dejan escribir? ¿Qué es lo que somos capaces de pintar? ¡Ah, siempre solamente eso que está a punto de marchitarse y que empieza a perder su fragancia! ¡Ah, siempre tan sólo tormentas que se agotan y desaparecen y sentimientos amarillos y tardíos! ¡Ah, siempre tan sólo pájaros, que se han cansado de volar y se han extraviado, y que se dejan coger con la mano, por *nuestra* mano!

los hombres? Para nosotros, un modelo socio-económico cuyo principio es la desigualdad avala situaciones extremadamente injustas, como, por ejemplo, la muerte diaria, por hambre, de miles de seres humanos, la falta de educación para otros miles, la explotación racial, el abuso de los sexos, etc. Creemos que la igualdad es complementaria de la diferencia, y viceversa, y que el poder y la significación de cualquiera de las dos se multiplica geoméricamente al pensarlas solidarias.

¹²En los textos de Nietzsche se sabe que la historia es importante, pero no se sabe dónde está la historia, si en el individuo excepcional o en el pueblo que lo sostiene. La verdad es histórica, pero ¿cuál es la verdad de la historia? ¿dónde radica? Critica repetidamente la falta de sentido histórico de los filósofos, pero considera, en contra de Hegel, que el genio es siempre intempestivo respecto de su tiempo. ¿Dónde se para esta intempestividad?

En «Fragmentos Inéditos» Nietzsche vuelve sobre la idea de que «hay algo que no aprende». Habla de una marca a fuego (KSA.V.12. p. 56). Como las reses se marcan para mostrar a quien pertenecen, el hombre recibe «sobre el nombre» la marca de ciertos problemas. Esta marca es una marca de pertenencia al entorno, a la comunidad. Y tiene fuerza. Quien la desconoce, se queda solo. Desde su soledad, corre un riesgo grave: ceder al dolor que le ocasiona el aislamiento y negar así lo que le es más propio. Si quiere ser aceptado debe aceptar. En pocas palabras, hay una fundamental contradicción en el hombre excepcional: su propio nombre porta su pertenencia a la comunidad y, al mismo tiempo, para ser fiel a lo único de su nombre, debe separarse de esa misma comunidad, desconocer sus valoraciones, sus gustos, su estilo, su sintaxis. Repitamos la pregunta: ¿Dónde pueden pararse esta separación y este desconocimiento? Difícil pregunta. Quizá en la pura propensión diferencial. Pero esto es tema demasiado complejo para examinar aquí las posibles respuestas.

¡Nosotros immortalizamos lo que no puede seguir viviendo y volando, nada más que cosas cansadas y agotadas! Y solamente para *vuestra tarde*, mis pensamientos escritos y pintados, tengo colores, quizá muchos colores, muchas ternuras multicolores, y cincuenta amarillos y pardos y verdes y rojos; pero nadie adivinaría, de esto, el aspecto que tuvisteis en la mañana, destellos y prodigios de mi soledad, vosotros mis viejos queridos, espantosos pensamientos».

«Ach, was seid ihr doch, ihr meine geschriebenen und gemalten Gedanken! Es ist nicht lange her, da wart ihr noch so bunt, jung und boshaft, voller Stacheln und geheimer Würzen, dass ihr mich niesen und lachen machtet — und jetzt? Schon habt ihr eure Neuheit ausgezogen, und einige von euch sind, ich fürchte es, bereit zu Wahrheiten zu werden: so unsterblich sehs sie bereits aus, so herzbrechend rechtschaffen, so langweilig! Und war es jemals anders? Welche Sachen schreiben und malen eir denn ab, wir Mandarinen mit chinesischen Pinsel, wir Verewiger der Dinge, welche sich schreiben lassen, was vermögen wir denn abzumalen? Ach, immer nur Das, was eben welke werden will und anfängt sich zu verriecken! Ach, immer nur abziehende und erschöpte Gewitter und gelbe späte Gefühle! Ach, immer nur Vögel, die sich müde flogen und verflogen und sich nun mit der Hand haschen lassen — mit *unserer* Hand! Wir verewigen, was nich mehr lange leben und fliegen kann, müde und würbe Dinge allein! Und nur euer Nachmittag ist es, ihr meine geschriebenen und Gemalten Gedanken, für denen allein ich farben habe, viel Farben vielleicht, viel bunte Zärtlichkeiten und fünfzig Gelbs und Brauns und Grüns und Roths: — aber Niemand erräth mir daraus, wie ihr in eurem Morgen aussahet, ihr plötzlichen Funken und Wunder meiner Einsamkeit, ihr meine alten geliebten — schlimmen Gedanken» (KSA. V. 5. pp. 239, 240).

¡Qué tristemente alegre suena este aforismo! Dice que pintamos lo que está marchitándose, que escribe sobre tormentas agotadas, sentimientos tardíos, pájaros que se han cansado de volar y que se dejan tomar con la mano. Lo que vuela, lo aéreo, lo libre se pierde al cazarlo. Creemos immortalizar lo que se está muriendo, cosas cansadas y agotadas. A la mañana tuvimos la ilusión de que con nuestros poemas cogíamos la vida, que la habíamos representado moviéndose, pero ya a la tarde descubrimos que la pesadez ha sustituido al espíritu aéreo con que la admiramos en las primeras horas del día ¹³. «Para vuestra tarde» tengo colores, dice

¹³En las dos canciones de la danza de *Así habló Zaratustra*, Nietzsche juega con las oposiciones luz/oscuridad, noche/día. En la primera de estas canciones, la caída del

el texto. Para la mañana no tengo ni mano ni pincel ni colores. Mi ojo es incapaz de representarse lo que está haciendo, ni siquiera lo que ahora está ocurriendo. Hay siempre un desfase entre la percepción que tengo de lo que ocurre y lo que verdaderamente está pasando. Quizá por nuestro apego al pasado, porque todo lo nuevo lo asimilamos a lo conocido, porque la costumbre y el hábito son muy fuertes y ni permiten que veamos lo que aún no tiene nombre. El temple de este aforismo es deliciosamente triste-alegre. ¿Qué hacemos, entonces, parece preguntarse Nietzsche, si nunca podemos renunciar al entusiasmo que nos produce la visión «matinal» de la realidad y si, al mismo tiempo, nunca alcanzamos a tocar lo vigente, lo vivo que había en esa visión?

La respuesta de Nietzsche es poderosa y matizada. A pesar, dice, de que ese fantasma de las cabezas humanas, que es el mundo, contraría mis instintos masculinos, a pesar de que me siento asqueado en este mundo lleno de cambios y de muerte, como siente asco el anatomista cuando examina un cadáver, a pesar de que me repugna esta putrefacción (KSA. V.9. p. 634), a pesar de que me angustia la falta de orden y sentido, a pesar de que una parte de mí, quizá la que más aprecio, querría que nada cambiara, que todo siguiera siempre igual, incluso que todo retornara siempre de nuevo, no puedo evitar tener deseo de este mundo que no entiendo, resbaladizo, que se me escapa, y que por ello he bautizado con el nombre de mujer. A pesar de que mis verdades siempre están desfasadas respecto de lo que realmente está ocurriendo, a pesar de que ellas representan la fatalidad necia que soy, a pesar de todo eso, cada mañana me ilusiono nuevamente¹⁴, y animado por un entusiasmo juvenil garabateo con mi martillo mis pensamientos escritos y pintados.

sol le entristece y le mueve a meditar sobre ciertas preguntas fundamentales como: ¿Quién soy? ¿Adónde voy? ¿Para qué vivo? etc., etc. En la segunda supera este rechazo de la oscuridad y decide que no hay día sin noche, ni luz sin oscuridad, ni verdad sin error, ni placer sin dolor, y que la sabiduría consiste en aceptarlo todo, al extremo de desear su repetición.

¹⁴ «Las ilusiones son necesarias no solamente para la felicidad, sino también para la conservación y superación del hombre» (KSA.V. 10. p. 254).